

La escultura y el arte decorativo en el Salón de Otoño.—Los escultores animalistas.—Las salas especiales de Planes y Ortells.—Retratos y composiciones.—Un maestro de la decoración: José Lapayese

Si en la sección de pintura del Salón de Otoño encontramos no escaso número de nombres y de obras con notoria valía, también en la sección de escultura hallamos bien representados varios artistas de legítima reputación. Por lo que se refiere a la serie de envíos clasificados bajo el rótulo genérico de Arte Decorativo, bastaría la excelente aportación de José Lapayese para darle positiva categoría.

Todo ello ratifica nuestra afirmación optimista del artículo anterior: el XI Salón de Otoño recobra un prestigio y una importancia artísticas que había ido perdiendo y que alejaba de él a colaboradores eficaces.

Algunos de estos colaboradores vuelven. Otros se suman gustosos. Y si bien todavía hay derecho a esperar que los futuros Salones de Otoño vayan eliminando lo que todavía les sobra y atrayendo algo de lo que les falta, no puede negarse que la actual Junta de la Asociación organizadora de tales certámenes marca ya un criterio y unas normas laudables.

Antes de entrar al Palacete de Exposiciones ya nos sale al paso una obra escultórica excelente: el grupo en granito *Osos polares*, original de Emilio Barral.

Testimonio elocuente no sólo de una de las más puras y definidas de la moderna plástica española, sino también de las características de esta exposición. Abundan, en efecto, aquí las esculturas animalistas, talladas directamente. Los escultores jóvenes se desinteresan cada vez más por la figura banal y por la trivialidad de la escayola. Entre el modelo vulgar y la fuerza expresiva de las formas zoológicas, entre dar a manos mercenarias la creación en el barro dúctil maleable y acometer por sí mismo la plasmación personal irrectificable sobre la madera o la piedra, los escultores jóvenes no vacilan: otorgan a su arte lo que en sí tiene de contacto directo con la Naturaleza y la materia definitiva.

Así Barral, cuyos osos reciamente macizados con una fuerte ancestralidad ibérica; así Florencio Cuairán, que acaso signifique la revelación escultórica de este año por como fija ya, en su primera exhibición, un verdadero temperamento y una segura capacidad en la interpretación de animales. No creo engañarme profetizando que Cuairán será pronto uno de los maestros del género.

De nuevo esa elegancia sobria, esa noble eurytmia que no falsean el naturalismo intrínseco del modelo, peculiares del animalista Luis Benedito, resplandece en el bronce *Sirafa* y en el mármol *Nutria* (este último es un acierto, además, de la calidad material y su hábil pulimentado).

Vázquez Díaz (*Compostela*), cuya pericia como tallista en madera es bien reconocida, envía una colección de pingüinos, tratados con humorístico trazo los unos, con delicada ternura los otros. Graciosamente expresivos todos.

El toro en bronce, *Arrancándose*, de Mariano Benlliure—en cuya clase de obras es insuperable el insigne artista—, y las figuras *Buho* y *Pelicano*, del joven escultor gallego Arejula, completan lo más saliente del grupo.

También en la escultura como en el arte pictórico empiezan a surgir valores positivos femeninos. He aquí, por ejemplo, esta figura «Serenidad», original de la señora Isabel Pastor

Los escritores suelen ser modelos favoritos de los artistas. He aquí el rostro, típicamente ibérico, del novelista Aguilar Catena, modelado en bronce, por Juan Luis Vassallo

